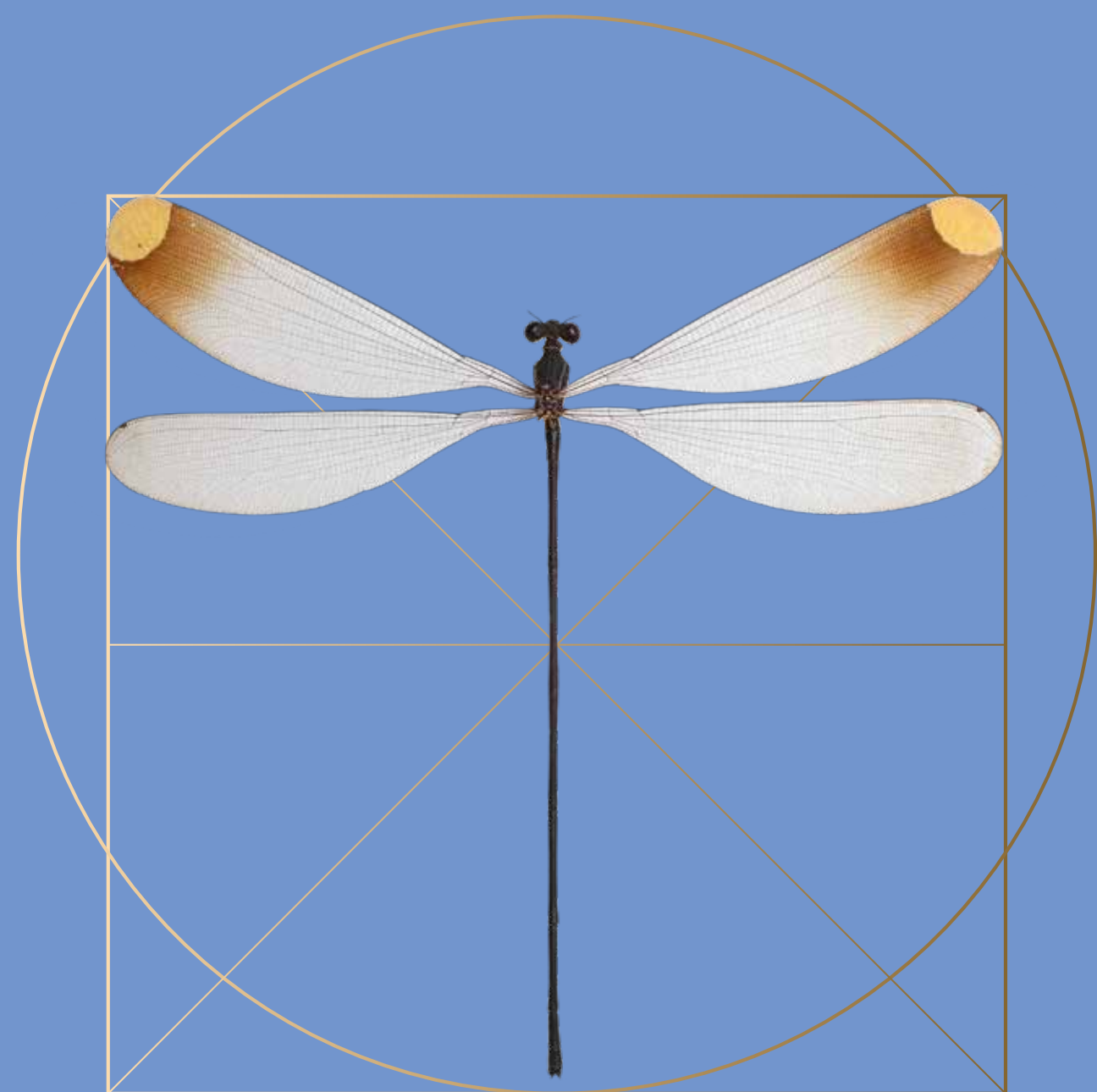


Del autor de la *Trilogía de la vida*

CARLOS LÓPEZ-OTÍN



La levedad de las libélulas

Hacia la medicina de la salud.
Un nuevo enfoque para lograr
el equilibrio físico y mental

PAIDÓS

Segunda parte Salud mental: metáfora y verdad

.....

Capítulo 12

LA ECUACIÓN DE LA SALUD



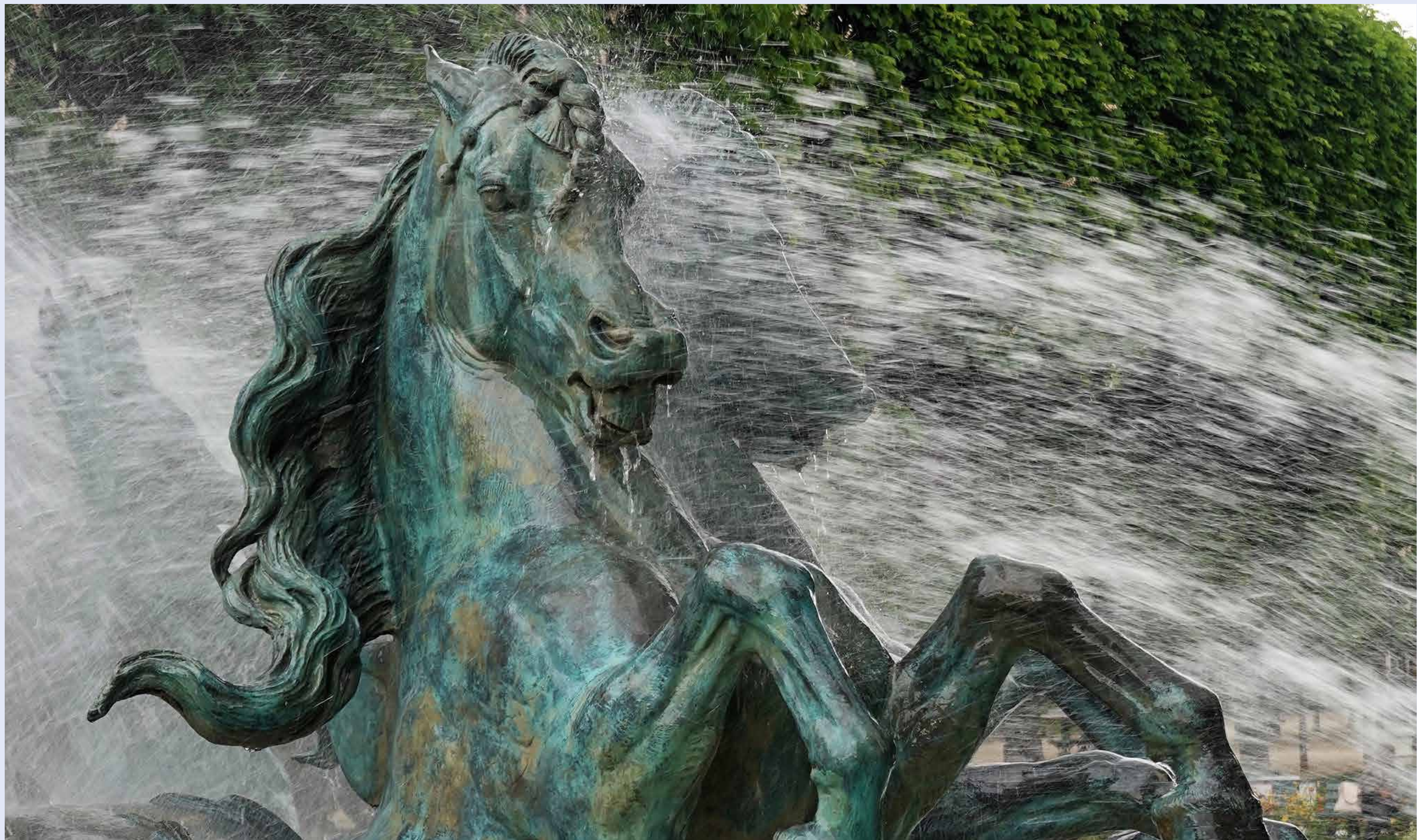
«Nuestro congreso imaginario sobre la salud y la vida había terminado, y para mí era el momento de regresar a París. Desde el hotel Metropole me acerco a la estación Bruxelles-Midi para viajar a la capital francesa (...) Con puntualidad exquisita, llegamos a la Gare du Nord, me bajo del tren y, cumpliendo mi saludable norma parisina, voy caminando desde allí hasta mi casa, ubicada junto a la place de la Sorbonne. Dejo en la entrada mi ligero equipaje, imito a Arthur Rimbaud, el hombre de las suelas de viento, y vuelvo a salir a la vida real.»



«Tomo la dirección del Jardín de Luxemburgo, paso por la Fontaine Médicis, rodeo el estanque octogonal en el que navegan les voiliers du Luxembourg y continúo caminando hasta la impactante Fuente de los Cuatro Continentes.»



«Una vez allí me detengo unos segundos y, como siempre, echo de menos a Oceanía; alguien me explicó hace algún tiempo que se prescindió de ella para mantener la simetría del conjunto escultórico, y creo que, en cierto modo, puedo entenderlo.»



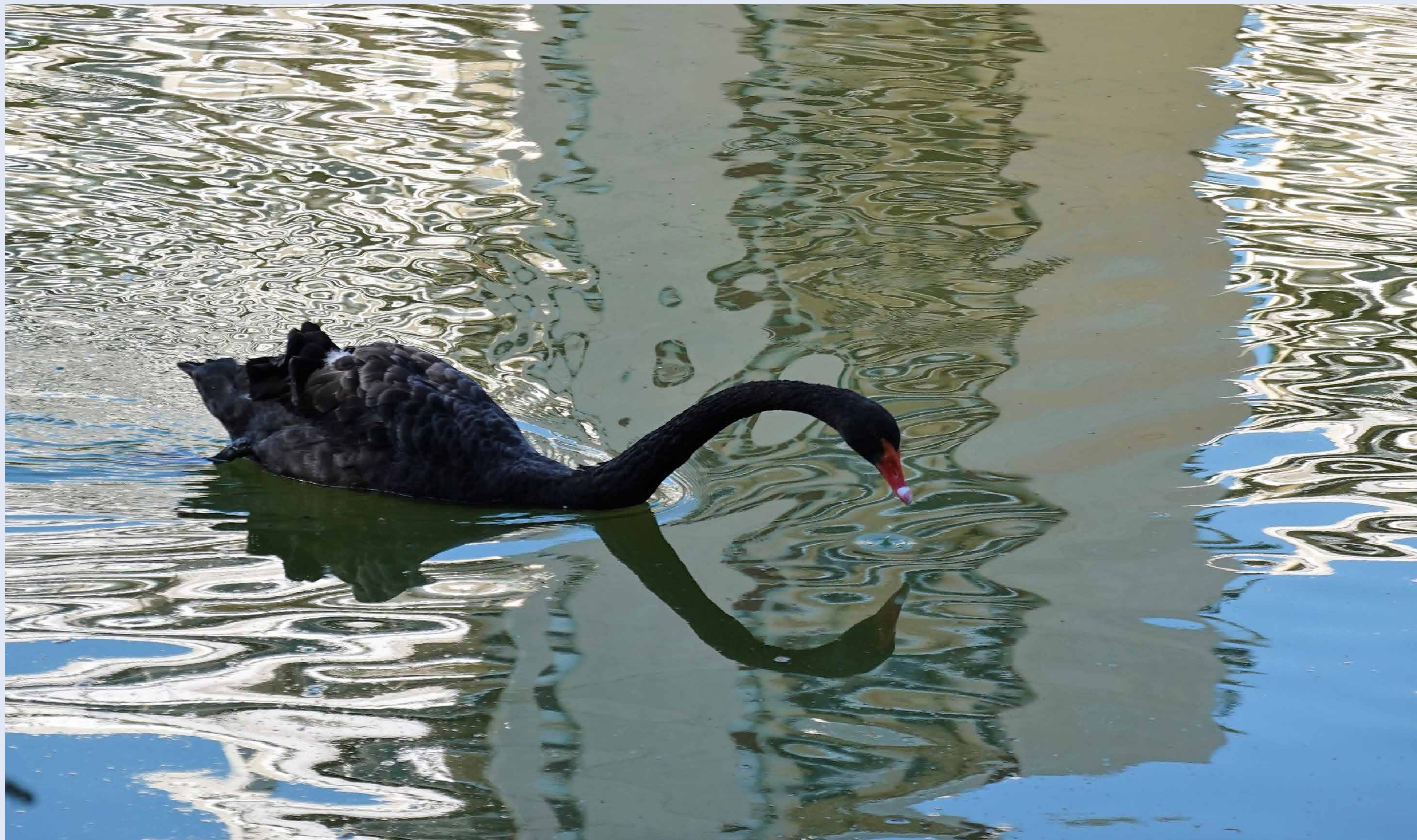
«Vuelvo a asombrarme con la fuerza que transmiten los caballos que se bañan en la fuente y me pregunto si Hipócrates, el hombre que dominaba a los caballos, habría sido también capaz de controlar la desbordante energía de estos singulares ejemplares.»



«... sigo caminando hasta alcanzar la estación de Denfert-Rochereau. Desde allí y por la Avenue René Coty llego directamente a mi destino: el parque Montsouris.»



Parc Montsouris

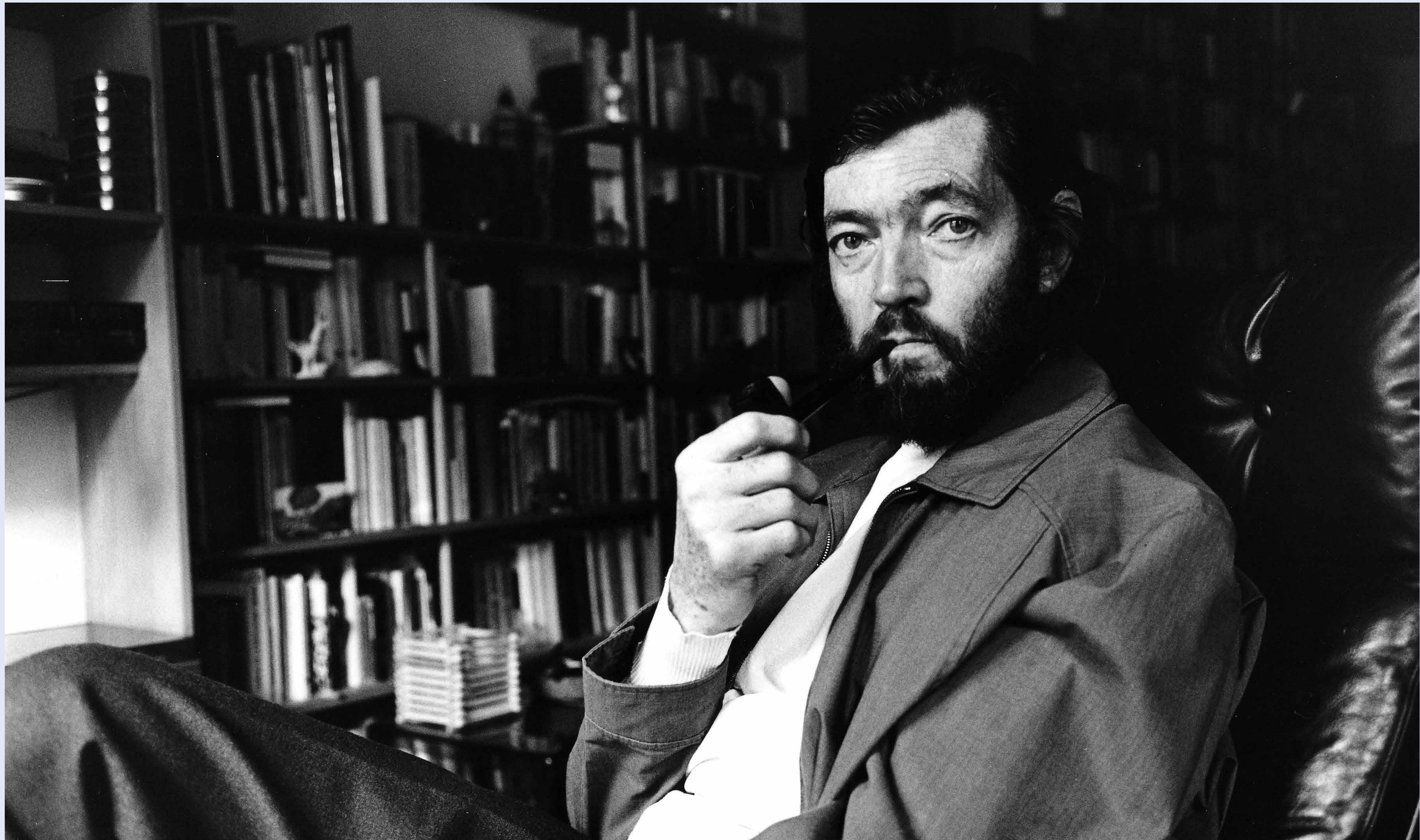


«... el parque Montsouris (...), en el que un día imaginé que los veleros blancos de Luxemburgo se habían transformado en cisnes negros de Australia.»



Parc Montsouris

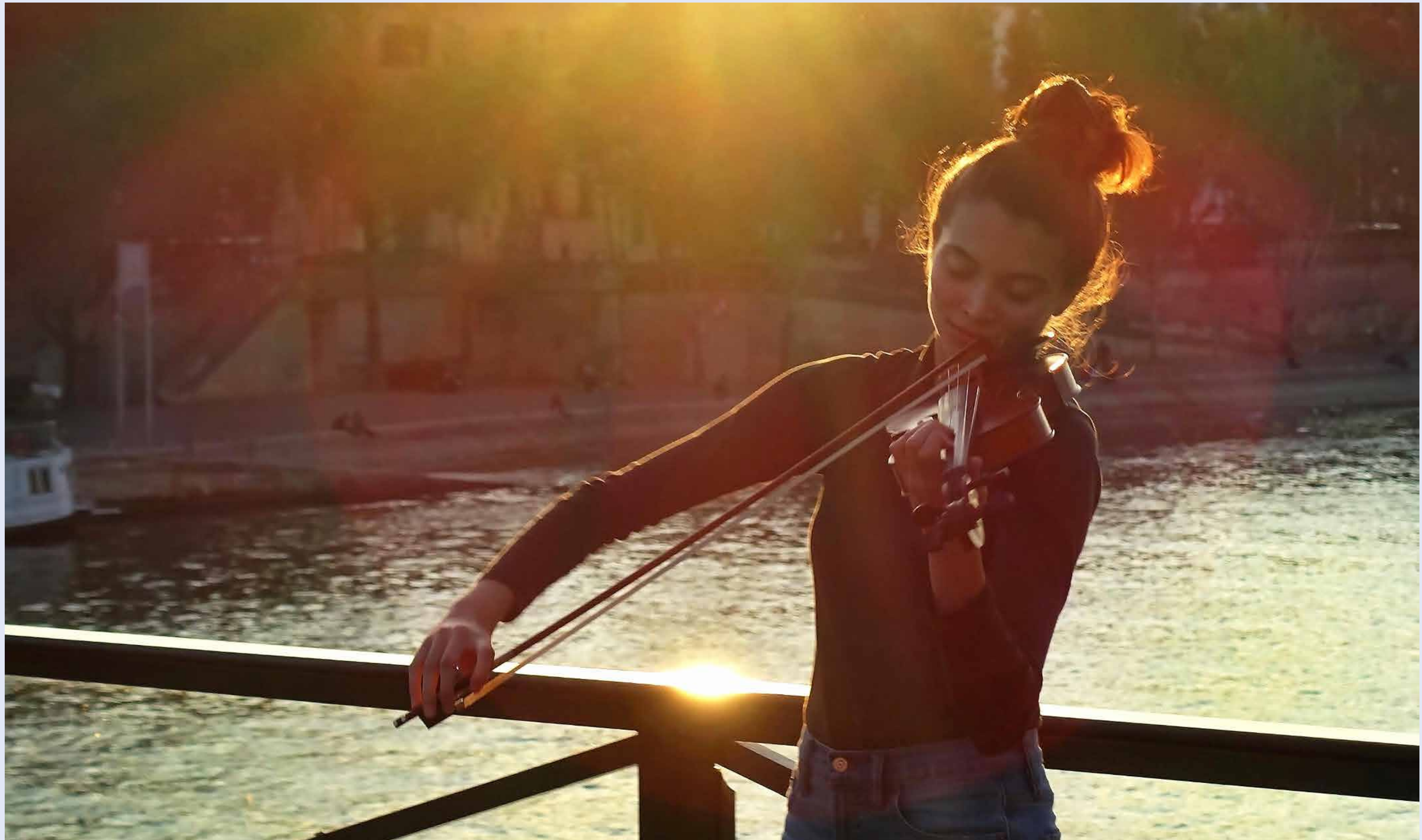




«... he quedado en este parque parisino con un personaje del pasado. Su nombre es Julio, Julio Cortázar, el autor de Rayuela (...) un libro sobre la búsqueda imposible de lo intangible, ese algo que nunca se sabe bien qué es, pero que está, y se puede nombrar, y se puede alcanzar, como el cielo del noveno cuadro de la rayuela, o como la salud, ese don que tanto anhelamos pero que con tanta facilidad perdemos.»



«... miro hacia atrás con nostalgia y ya no me pregunto: «¿Encontraré a la Maga?», sino: «¿Dónde está la salud?». (...) Con su pregunta flotando en el aire nos despedimos, sabiendo que nunca más volveríamos a vernos. (...) Retomo el camino hacia mi lugar en el mundo y cuando llego al Pont des Arts, sin disimulo y con esa manera de mirar de la que hablaba Cortázar, busco la silueta delgada de la Maga deambulando por el puente o apoyada sobre su barandilla para sentir la pulsión del Sena.»



«Sin embargo, no la encuentro, tal vez ya no vive en París. A quien sí veo es a la joven violinista que de vez en cuando interpreta piezas conmovedoras ante una cierta indiferencia de los paseantes, que recorren con premura la ancha pasarela de maderas gastadas que abre la puerta del Louvre.»



«Hoy, mientras ella toca el Adagio para cuerdas de Barber, me asomo para ver el agua que fluye indiferente bajo mis pies.»



«... me entretengo observando a los once cisnes blancos que suelen navegar elegantes y displicentes por esta parte del río, pero no me olvido ni del reto que me planteó Leonardo, ni de la pregunta que me hizo Julio sobre su salud. Tampoco me olvido de que ambos crearon mundos en los que se difuminaban los límites de la geometría y la fantasía.»



«En ese mismo lugar en el que Horacio y la Maga «andaban sin buscarse, pero sabiendo que andaban para encontrarse», entiendo que Rayuela no solo es una gran metáfora del viaje entre la fantasía y la realidad, sino también de ese continuo vaivén entre la salud y la enfermedad que nos acompaña desde nuestro particular principio hasta nuestro común final.»



«En el juego de la rayuela, llegar al cielo puede resultar casi tan difícil como mantener la salud en la tierra. (...), en la rayuela de la vida, los caminos que llevan hacia la salud y hacia la enfermedad son infinitos. Tras estas reflexiones y disquisiciones, creo entender que ya estoy preparado para cumplir mi compromiso con Leonardo y escribir una ecuación de la salud. (...) Vuelvo apresurado a casa y, cuando llego a la place de la Sorbonne, saco un clarión blanco de mi bolsillo azul y me pongo a dibujar sobre las baldosas la rayuela de la salud.»



«... me reúno con Leonardo da Vinci y le muestro la ecuación de la salud. Le hablo de mi conversación con Julio Cortázar, y de su enfermedad, y de su deseo de saber dónde había quedado la salud que perdió. Le explico mi idea de encajar la ecuación de la salud en la rayuela de Cortázar inspirado una vez más por su dibujo del hombre de Vitruvio, el más bello icono de la salud, que él logró insertar con total armonía entre las geometrías creadas por un círculo y un cuadrado. Leonardo contempla con calma la rayuela de la salud y después vuelve la mirada y la atención a la ecuación que le muestro. (...) La observa con curiosidad y tras una larga pausa me dice: “Conozco bien il gioco della campana del que escribió tu amigo Julio, porque se inventó en nuestro tiempo después de que Dante Alighieri escribiera la Divina comedia (...), pero para llegar al cielo, al paraíso de la salud, necesitas abrir nueve puertas, o entender nueve claves, o considerar nueve factores. Sin embargo, tu ecuación solo tiene ocho términos. Te falta uno. Debes buscarlo”.»

**La Divina Comedia, de Dante Alighieri, ilumina
Florencia, Domenico di Michelino, 1465**